

Matías Capelli
FRÍO EN ALASKA



Matías Capelli

FRÍO EN ALASKA

Cada mes, Lekman ordena los tickets de compra que Fernanda le envía desde Inglaterra para que los presente en la fundación que la becó por “un año o dos”. Por lo general, lo hace sin pensar, pero a veces encuentra algo que le provoca una punzada en el pecho: una incertidumbre que sobrevolará los cuatro relatos de este libro.

A través de un personaje tan complejo como contemporáneo, Matías Capelli explora la fragilidad de las relaciones, el distanciamiento, la introspección, los recuerdos, la oscuridad de ciertos pensamientos. Con una fluidez narrativa inusitada, consigue situarnos en ese borroso límite entre el sueño y la vigilia, en ese instante en que la conjetura se superpone al hecho, provocando un efecto desestabilizador y excitante al mismo tiempo.

Una prosa ágil y lúdica, que alcanza su punto máximo en “Frío en Alaska”, relato donde las imágenes, como en un caleidoscopio, se desarman imprevisiblemente para conformar cada vez una nueva escena. Un primer libro que sorprende y cautiva.

Matías Capelli

FRÍO EN ALASKA



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

ÍNDICE

Principio de incertidumbre
Sólo estás sangrando
L.
Frío en Alaska
Sobre el autor
Página de legales
Créditos
Otros títulos de esta colección

Para Paula

Después nadie podrá saber de qué raíces negras
se alimenta la libertad de un hombre.

CLARICE LISPECTOR

PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE

A la mañana Fernanda primero toma un café doble o un jugo de naranja en uno de los cuatro locales que Starbucks tiene en Leeds. Puede estar leyendo una novela de bolsillo que le costó seis libras, hojeando el diario que compra casi todos los días o tomando de un saque el vaso de agua de cortesía para bajar una aspirina en ayunas alguna mañana. De vez en cuando, compra las tabletas siempre en la misma farmacia. Una vez por mes paga cuarenta libras por el teléfono y el celular, veinticinco por el cable y la conexión de banda ancha. Por la luz, el gas y el agua, cincuenta en total. No paga alquiler porque vive en un departamento que le prestó una amiga que se fue “un año, tal vez dos” a Italia. Compra libros, una vez por semana, en general los martes a la mañana, los jueves por la tarde o, muy de vez en cuando, un sábado. Va siempre al mismo supermercado, una vez por semana o cada diez días. En total no es mucho más de lo que gastaba en Buenos Aires cuando vivía sola a mediados de la década pasada. Las tarjetas telefónicas de larga distancia de cinco libras suele liquidarlas en una sola llamada. Come afuera una vez por día, al mediodía o a la noche. No viaja mucho en taxi o colectivo y apenas compra ropa, pero de vez en cuando va en tren a Londres y allá al cine, recitales, tragos, habitaciones de un hotel tres estrellas, a veces dobles, un boleto de subte hasta Victoria Station y uno o dos cafés antes de tomar el tren de regreso. O solo un taxi, cuando se hace tarde, porque a Fernanda casi

siempre se le hace tarde cuando tiene que tomarse un tren, avión o colectivo.

Lekman ordena las facturas que ella le manda por correo cada mes. Desparrama todos los papelitos sobre la gran mesa del living que ahora apenas usa, los pone boca arriba y los agrupa, primero por día, hace tres largas filas de diez días cada una, y después por categoría: "alojamiento", "comida", "personales" y "materiales de investigación". Pega una o dos facturas en hojas oficio que después agujerea, anota junto a cada una el total en dólares, después lo suma, total por rubro, total del mes, lo mismo en pesos, y guarda cada hoja en alguna de las cuatro carpetas, una por categoría, que tiene que presentar antes del veinte de cada mes en la fundación británica que becó a Fernanda por un año con opción a dos. Con el tiempo se acostumbró a hacerlo pensando en otra cosa, algún cuadro a medio terminar, qué cenar a la noche, o qué forma darle a esa imagen, la pequeña revelación que había tenido el día anterior en el campo al ver a una gallina subida a una escalera contra la pared de la casa, la luz de agosto de un atardecer de invierno.

Prepara todo sin prestar demasiada atención, para preguntarse cada vez menos por el significado de alguno de los recibos. Una mezcla de sorpresa, indignación y dolor era lo que sentía al principio, aunque todavía, a veces, sienta algunas puntadas, sobre todo al pensar que más que un descuido es como si ella quisiera que él se enterara de algunas cosas, de esos viajes a Londres, o lo que compra en el supermercado, la caja de preservativos de doce unidades –marca Durex, dos libras con quince– que descubrió hace un tiempo en un ticket entre una larga enumeración de productos inocentes: unos brócolis congelados, café de Guatemala, dentífrico y tres botellas de agua con gas. Pero Fernanda nunca dijo nada al respecto, y Lekman tampoco había encontrado el momento ni el modo de preguntar.

Una novia del colegio le decía que era tímido porque había nacido en Noruega. La familia de Lekman había llegado en plena dictadura. Él era todavía muy chico cuando transfirieron a su padre a la filial local de un banco francés. Juana fue su primera y única novia de la adolescencia. Salieron un año, exactamente: ella lo dejó un día antes del aniversario. Salvo esos meses que siguieron, la mayor parte del tiempo la soledad había sido una elección de Lekman. De todas formas, o tal vez por eso, atrajo a las mujeres desde muy chico. Sus genes escandinavos habían pegado el estirón con precocidad y a los catorce años ya medía un metro setenta y cinco, tenía brazos fuertes y parecía de veinte.

El primer beso se lo había dado a la madre de un amigo una vez que se quedó a dormir en su casa. Había ido a la cocina a comer algo a escondidas y la encontró descalza, en camisón y con la puerta de la heladera abierta. Tenía los labios frescos, como si acabara de tomar agua del pico de la jarra, y un dejo apenas dulce. Al despertarse, tuvo pánico de que se armara un escándalo. Después sólo pensaba en lo que haría cuando volviera a estar con ella, pero no tuvo oportunidad, y al poco tiempo empezó a salir con Juana. Más que sus facciones nórdicas, a ella le gustaba que cantara y tocara la guitarra. Además de Juana, solo lo escucharon los pocos compañeros del colegio que iban a su casa, entre ellos aquel a cuya madre él había besado. Le dijeron que les gustaba, pero que les parecía un poco raro.

Lekman estudió un par de años abogacía, y se dio cuenta de que no quería ser ni abogado ni músico. Tal vez en Noruega, no acá: quería dibujar o pintar. Se anotó en un taller. Al año dejó la facultad, siguió trabajando y empezó a tomar clases particulares con un maestro prestigioso. Pasó otro año, y trabajaba cada vez menos en la oficina. Todos quedaron contentos con su primera participación en una muestra colectiva y dos críticos dijeron algo sobre su obra

que no entendió pero que tenía la entonación de un elogio.

Dejó a su maestro una vez que al llegar a su estudio para la clase lo encontró en calzoncillos, moviéndose de una pared a otra de la habitación, desovillando una bola enorme de lana roja, el pecho rozando las tablas de madera del piso, su mirada absorta en la punta del hilo. Tuvo varias entrevistas: ninguno lo convencía del todo, estaba en un momento de su formación bastante difícil como para empezar con otro, mejor largarse solo o probar afuera, cambiar de aire, le dijo uno de los consultados mientras le daba la mano al despedirlo.

Mandó copias de sus mejores trabajos a institutos de varios países, pero no recibió ninguna respuesta, salvo de una escuela portuguesa a la que no recordaba haber aplicado. Decidió renunciar a su trabajo en el banco francés que le había conseguido el padre, encerrarse a pintar y vivir de algunas ilustraciones salteadas para una editorial infantil. Y no sabía por qué, de ahí en adelante, cada vez que lo veía, al padre le venía la imagen de su hijo con el uniforme del colegio sentado en las butacas de pana del salón de actos. Es que el artista tiene que levantarse cuando está cómodamente sentado, así Lekman. Pero puede que al querer volver a sentarte, la silla ya no esté en el mismo lugar, respondía el padre, porque el mundo gira, y entonces tengas que quedarte parado, como un idiota, hasta la muerte.

Seis meses más tarde participó por segunda vez en una exposición colectiva. Lo importante al principio no es vender, sino las reseñas, y para eso la presentación es tan importante como la obra, le dijo un crítico. Ese mes vendió un cuadro, el padre compró un segundo, y recibió un mail de una tal Fernanda López, una periodista que quería entrevistarlo.

Ahora Lekman es mucho menos ingenuo, pasaron los años. Aunque cada vez que recuerda esas conversaciones con el padre siente ternura –en su momento, esas palabras

le sirvieron para darse ánimo y enfrentarlo, para insuflar cierta épica a decisiones que de otro modo no hubiera tenido el coraje de tomar—, lo cierto es que ya hace tiempo que, sin haberse vuelto del todo cínico, terminó por ceder y adoptar las palabras y modales del arte contemporáneo, la mayoría de los cuales le inculcó Fernanda, que ahora escribe y llama poco, una vez cada quince días, pero cuando hablan están media hora o más, sobre todo los domingos a la tarde, en Leeds es medianoche. Domingos en los que ella vuelve de Londres, como confirma después él con los recibos. Es que debe sentir esa mezcla de culpa y vacío, a él también le pasa.

Para rellenar algún silencio Fernanda pregunta si está todo bien con los papeles, y que por favor no se olvide de presentarlos a tiempo para que le habiliten los gastos del mes siguiente. Él dice que no se preocupe, que el trabajo es aburrido pero le gustan las tareas mecánicas para no tener que pensar, viene bien después de pasar días encerrado trabajando, “me despeja”. Como viajar al campo: la ruta vacía, derecha, a ciento cuarenta. Ella pregunta si sigue sin fumar y él miente y dice que sí. Y Lekman le cuenta que acaba de ganar una beca para dedicarse a un proyecto por seis meses, le tiene fe, a pesar de que todavía no sabe bien qué hacer. Ella pide que apenas tenga le mande bocetos por mail, y que por favor tampoco se olvide de ese texto que abría el catálogo de su primera muestra colectiva auspiciada por una multinacional, que seguro va a serle muy útil para su tesis. Él dice que sí pero nunca lo hace, y se despiden: a veces uno dice “te quiero” y el otro “yo también”, a veces lo dice uno y el otro no contesta, y a veces ninguno dice nada.

Tiene que presentar las carpetas el lunes a la mañana y apenas si abrió el sobre de papel madera británico que está apoyado en la mesa del living. Y por primera vez se pregunta por qué él está haciendo eso. Pero se lo había prometido, y además Fernanda no tenía a nadie, así que mejor

terminarlo cuanto antes. Intenta pensar en un nuevo sistema o procedimiento para ordenarlos y concentrarse. Los viernes siempre se despierta temprano en el campo y cuando vuelve, tras un almuerzo liviano de quince pesos con agua mineral en una parrilla sobre la ruta, noventa pesos de nafta y cuatro con veinte de peaje, ya está cansado. Y si encima se queda en su casa solo, puede complicarse. Y si sale con sus amigos, todos terminan tomando whisky o vino alrededor de una mesa, yendo al baño, de a uno, todos hablan, menos él, no pueden parar de hablar y Lekman se va quedando dormido, cabecea, se despierta sobresaltado, sus amigos se ríen, se ríen muy fuerte, y él dice que lo disculpen: se levantó a las siete de la mañana, manejó en la ruta y tiene sueño.

Todavía le falta, y encima los huecos en las filas de facturas son días en los que Fernanda desaparece. A veces eso lo inquieta, a veces se consuela pensando que si no hay recibos es que no hay gastos, y si no hay gastos es porque se quedó en el departamento. Hay días en los que Fernanda va al cine y ve dos películas seguidas, porque en Leeds algunos cines chicos dan distintas películas según la función. O va al supermercado y compra de todo y vuelve a los quince minutos a comprar algo que se olvidó. Es curioso que a pesar de la distancia, piensa Lekman algunas tardes, ahora tenga más registro de lo que ella hace que cuando vivían juntos. Y por lo que deduce apenas si avanza con la tesis de la beca. Está tan dispersa como él acá, con turno para exponer en una galería de las importantes a fin de año, una muestra individual, quién lo hubiera dicho, lo de la beca, y el campo inutilizado.

Hasta el año anterior estuvo inundado y más que un campo era una laguna de mil quinientas hectáreas con una franja de pasto seco cerca del alambrado junto a la ruta. Y de la nada había aparecido un empresario provincial que ofreció alquilárselo al padre de Lekman. Quería explotar la laguna, armar un club de pesca, poner un muelle, trasplan-

tar unos árboles, clavar unas sombrillas, sembrar peces, poner parrillas y traer algunas lanchas. Se cobraron diez meses puntuales, pero un lunes al mediodía avisaron que había problemas y antes de que se cumpliera el año de contrato, la laguna se había secado y el club cerró.

Por ese entonces Fernanda había decidido irse a Inglaterra a terminar su tesis de doctorado, un estudio comparativo entre un pintor británico y cuatro artistas jóvenes de países emergentes. Ninguno de los cinco había nacido donde vivía. Habían emigrado de chicos y, por algún motivo, venían desarrollando obras mucho más radicales en comparación con el resto de los artistas de esos países, algo así, Lekman nunca terminó de entender el proyecto del todo, como tampoco muchos de los otros artículos que Fernanda había publicado en los últimos dos años mientras vivieron juntos.

El británico nació en Turquía, emigró a los nueve, y tuvo muestras en Nueva York, Ámsterdam y una pequeña retrospectiva en el museo de arte contemporáneo de su Estambul natal. Es uno de los pocos artistas vivos que Lekman admira. Había sido él quien le había hecho conocer su obra a Fernanda, después de hablarle noches enteras, en un viaje a Europa al poco tiempo de haberse ido a vivir juntos. El argentino es Lekman. Como él, los otros tres apenas si tienen una incipiente carrera, "es que prefiero artistas menos destacados, vírgenes de atención académica", decía Fernanda, y Lekman no podía evitar sentir un leve escalofrío cada vez que la escuchaba pronunciar esas palabras.

Al principio lo pensó en los términos en los que se lo había planteado ella: él tenía mucho más para ganar que el resto, ni hablar el inglés, o sea el turco, que ya era bastante reconocido. En otras palabras, que la comparación iba a ser muy beneficiosa para su obra. Pensó que solo su padre usaría esa palabra. Varios meses le llevó darse cuenta de que el turco inglés probablemente viviera en Leeds o en Londres. Es la segunda revelación del día, ese viernes a la

tarde mirando por la ventana mientras prepara café con los restos que encontró en dos paquetes en la heladera.

Se la imagina con la mirada perdida esa misma noche, luego de cenar un menú individual con media pinta de cerveza (cinco libras con noventa) en alguna pizzería de cadena como hace casi todos los viernes que no va a Londres, mientras él al mismo tiempo en la cocina por la tarde se prepara un café, con los recibos desparramados en la mesa del living. Lo de los preservativos claro que lo entiende. Él también sigue comprándolos de vez en cuando, no doce, cajitas de tres. Lo que no termina de cerrarle son esos viajes a Londres. Pongamos que con el turco británico. Debe ser interesante, seguro, incluso a él le gustaría. Pero ¿por qué siempre a Londres y nunca a otra ciudad? ¿O a Escocia? Y de todas formas, no entiende qué tiene que ver eso con un posgrado en artes comparadas, y cómo a los de la fundación, que son tan meticulosos con lo de los recibos, no les llama la atención.

Mira el día para atrás y para adelante, abre la heladera y ve bolsas de plástico vacías, botellas vacías, una mermelada destapada. Solo poner algo en la heladera y comer mucho puede salvarlo esa noche. Camino al supermercado ve el cartel de una película estadounidense que acaban de estrenar y que Fernanda ya vio hace meses, se acuerda de la entrada color naranja con el nombre impreso. Y ve a una chica con la remera de una banda inglesa y, no sabe por qué, piensa que los pintores que viven en Inglaterra seguro deben poder llevarla mejor que los argentinos, como casi siempre pasa con los grupos de rock.

Compra comida fresca y en paquetes. Algunas marcas son parecidas a las de allá, no tanto como antes, pero aun así hay muchas que son las mismas, salvo las cosas de la cocina. Y compra dos botellas de cerveza y dos de agua mineral, y por un instante piensa en sus propios recibos:

bares, pinturas, telas, nafta, peajes y tickets de supermercado, que la cajera, que es china, coreana o japonesa, le da en la mano junto con el vuelto, y se mira las uñas como si el contacto con las monedas se las despintara. Lekman cuenta las bolsas –son muchas– y pregunta si tienen envío a domicilio. La cajera dice que sí, mientras saca un fajo de billetes de cien del bolsillo interno de su campera, o de su corpiño, no ve bien, para guardar los dos que él acaba de darle, y pega un grito en japonés, coreano o chino, y de la puerta del fondo sale uno que bien puede ser un primo segundo o un seudoesclavo, pone las bolsas en el changuito y espera.

La idea de caminar tres cuadras junto a alguien al principio lo incomoda. Empieza a hacerlo rápido, ignorándolo, un par de pasos delante de él. No puede entender si acaba de llegar al país o si ya lleva años acá, siempre encerrado en el galpón del fondo. Si sólo sale a repartir pedidos y sólo conoce esa parte de la ciudad, que debe ser casi un sueño, la interrupción de su mundo oscuro de ordenar comida a la sombra del depósito, en una cama marinera de pino en la que pasa horas tirado añorando sus monzones.

Ahora van por la vereda rota de una avenida por la que pasan colectivos y tocan bocina. Lekman mira cuando dobla para confirmar que todavía lo sigue. Y empieza a pensar, primero de aburrido, después con una morbosidad inédita, hasta dónde podría seguirlo el otro, que por la forma de caminar en su tierra natal debería haber tirado de uno de esos carritos a tracción humana que llevan gente con una sombrilla atrás. En qué momento recién le diría algo, en cuántas cuadras. Hasta dónde podría llevarlo, literalmente, su servilismo, y qué le diría en ese caso, en qué idioma. ¿Soltaría el changuito y un insulto que no entendería y volvería al supermercado, o intentaría pegarle? ¿O no sabría cómo volver y quedaría perdido, vagando por el barrio, alucinado en una ciudad desconocida? Así, quizás llegue a otro supermercado oriental en el que lo entiendan y lo manden de regreso al suyo, o se quede ahí y tal vez sea